



Los movimientos sociales rurales en América Latina hoy

Guillermo Almeyra

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de París, ex profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma Metropolitana (unidad Xochimilco) de México (donde enseñaba Desarrollo Rural), es actualmente profesor de la Universidad de Buenos Aires y director de la Revista OSAL de CLACSO.

Sumario

1. La diversidad del mundo rural.
2. La transformación del territorio y de la producción.
3. Los movimientos sociales rurales.
4. Los movimientos sociales rurales como actores políticos decisivos.
5. A modo de conclusiones.

RESUMEN

El autor se aproxima a la compleja y rica realidad de los movimientos sociales rurales de América Latina planteando la dificultad de analizar conjuntamente una dinámica regional que si bien comparte el rasgo de ocupar un lugar subalterno en el mercado global, según territorios y poblaciones ha desplegado muy diversas estrategias de «modernización económica» en las últimas décadas. Según los casos se han generado conflictos sociales y dinámicas políticas de muy distinto tipo, desde monocultivos modernos que siguen masificando el mayor movimiento social de la región (la inmigración), hasta otras situaciones donde las comunidades campesinas e indígenas con sus resistencias han reconstruido identidades y estrategias planteando importantes retos políticos a sus respectivos gobiernos, al punto de que en algunos casos han llegado a convertirse en actores centrales del proceso político.

Palabras clave:

América Latina, movimientos campesinos, agronegocio, reforma agraria, conflictos medioambientales.

**ABSTRACT**

The author looks at the complex and rich reality of rural social movements in Latin America and highlights the difficulties in jointly analysing a regional trend which, while sharing the characteristic of occupying a secondary position in the global market, in different territories and populations has deployed very different strategies for «economic modernisation» in the last few decades. Depending on the case, very different social conflict and political trends have been generated, from modern monocultures which continue to standardise the largest social movement in the region (immigration), to other situations where peasant and indigenous communities and their resistance movements have rebuilt identities and strategies posing major political challenges to their respective governments, to the point where in some cases they have actually become central players in the political process.

Key words:

Latin America, peasant movements, agro-business, agrarian reform, environmental conflicts.



1 LA DIVERSIDAD DEL MUNDO RURAL

Como se sabe pero no siempre se recuerda hay varias Américas Latinas. Algunos países, como Argentina, Uruguay, Chile, México, tienen una población urbana muy superior a la rural y, en ésta, las minorías indígenas son muy pequeñas (o, como en Uruguay, inexistentes) mientras en otros, los andinos y Guatemala y México, estas minorías en cambio pueden incluso resultar mayorías y tienen un enorme peso en la demografía nacional o hay algunos incluso con una gran población afroamericana.

Hay también países en los que la inmigración supera la emigración de sus ciudadanos hacia Europa o Estados Unidos (como Argentina, que compensa con chilenos, uruguayos, brasileños y, sobre todo, bolivianos, peruanos y paraguayos de origen rural la fuga de técnicos y profesionales urbanos); hay otros, como México, en los que 10 millones de habitantes —casi el 10% de su población total— están en Estados Unidos, pero que recibe grandes flujos de centroamericanos en viaje hacia el Norte pero que hacen escala y trabajan en tierras mexicanas. Están también los de emigración neta —Bolivia, Ecuador, Uruguay, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras— cuyas zonas rurales están habitadas, cada vez más, por ancianos, mujeres jefas de familia y niños. Encontramos países donde las grandes transnacionales acopiadoras y agroquímicas —el *agribusiness*— controlan la producción rural (de nuevo Argentina y el centrosur del Brasil) y otros que son víctimas del latifundio tradicional, como Paraguay o el Oriente boliviano.

A esto se agrega que algunos países inmensos, como Brasil, con sus ocho millones de kilómetros cuadrados, presentan enormes diferencias regionales desde el punto de vista étnico, económico y, en particular, desde el de la tenencia de la tierra y tienen muy grandes migraciones internas.

Es difícil, por lo tanto, considerar como si fuese una unidad una región que abarca las tres Américas (del Norte, en el caso de México, Central, con los países del Istmo y del Sur, desde el Caribe de influencia negra al Cono Sur de inmigración europea) y que habla 5 lenguas europeas (castellano, portugués, francés, inglés, holandés) así como un enorme número de lenguas indígenas y de dialectos.



Por eso, en este vistazo general, (y dado que en general el latinoamericano medio conoce poco más de lo que sucede en su país e ignora lo que acontece en los países vecinos y el europeo o estadounidense tiene una idea generalmente vaga sobre los países latinoamericanos), trataré de esbozar someramente las grandes tendencias presentes en todas partes pero me detendré sobre todo sobre algunas experiencias de luchas rurales sobre la cuales más se ha escrito (y mitizado). Quien por consiguiente encuentre lagunas tendrá sin duda razón. Hecha la advertencia, procedamos:

2 LA TRANSFORMACIÓN DEL TERRITORIO Y DE LA PRODUCCIÓN

Desde la «Revolución verde», en los 80, que benefició a los propietarios de tierra más ricos en todos los países, las zonas rurales están sufriendo una enorme transformación demográfica y productiva. La producción para la exportación sustituyó a la dedicada fundamentalmente al mercado interno, en algunos países se produjo un gran cambio tecnológico y proliferó la producción de granos transgénicos para la exportación. En todos avanzó enormemente el proceso de deforestación, también para producir alimentos humanos o animales exportables, como el maíz y la soja, o para exportar ganado. El uso del agua se tornó mucho más intenso y se concentró en las agroindustrias o, incluso, en la minería en zonas anteriormente campesinas. La concentración de la tenencia de la tierra se agravó brutalmente y la población excedente emigró a las ciudades o al exterior, desde donde alimenta a sus comunidades de origen con sus magras remesas de dinero. La estabilidad que daban la propiedad y el trabajo de la tierra fue así reemplazada por un ingreso inseguro y variable que depende de la situación de la industria en los países más ricos. Todos los países de América Latina, ante la enorme concentración en sus ciudades de jóvenes que la industria no podía absorber, se encontraron con 2 fenómenos nuevos: la necesidad de alimentar y dar servicios a una mayoría urbana no productiva y el desarrollo de la delincuencia y la droga, resultante directamente de la falta de educación, vivienda y trabajo.

Surgió también el fenómeno de la agricultura urbano-rural, no sólo por la composición social y la cultura de los campesinos o campesinos-indígenas recién urbanizados y que mantienen sus lazos y consumos tradicionales en las ciudades donde se incorporan por cientos de miles, sino también por la conquista de las tierras más ricas, en Argentina, Uruguay y Brasil, por el capital financiero urbano, bajo la forma de pools de siembra de soja o de plantaciones para la industria papelera en tierras que antes producían carne, trigo, maíz, lino, oleaginosas.



Como resultado de la combinación de esos procesos, el campo se degradó rápidamente y se despobló y las comunidades indígenas o campesinas perdieron o están perdiendo su territorio, al mismo tiempo que los colonos y arrendatarios de la pampa húmeda argentina y de Río Grande do Sul pasan a alquilar sus tierras a los *pools* de siembra⁽¹⁾ y se convierten en rentistas que habitan en las ciudades y que los peones de las explotaciones capitalistas de la tierra, altamente tecnificadas, carecen de derechos legales y de sindicalización y tienen sueldos cada vez más bajos. El campo pierde así poder adquisitivo y posibilidades de consumo y desarrollo y los pequeños pueblos desaparecen.

La crisis rural en Cuba es un caso aparte porque el bloqueo estadounidense hizo que el país le apostara todo a la idea de que la Unión Soviética y su bloque eran eternos y, además, «socialistas». La Habana prefirió importar alimentos e insumos sobre la base de acuerdos políticos que, en parte, pasaban por sobre los precios de mercado. El derrumbe brusco de esos aliados y proveedores, con sus gravísimas consecuencias en cuanto a la disponibilidad de fletes y combustibles, provocó un brutal desabastecimiento en alimentos en las ciudades y una gran caída de la producción agrícola-ganadera, que el gobierno cubano intenta superar ahora mediante una ayuda venezolana en petróleo y en inversiones que, sin embargo, depende del precio que pueda tener en esta crisis el barril de crudo de ese país (suma que ahora sólo basta para cubrir las necesidades de un presupuesto nacional recortado)⁽²⁾.

Los Tratados de Libre Comercio (con México, los países centroamericanos, Chile, Ecuador y Perú) y la dolarización en algunos de esos países (El Salvador, Ecuador) contribuyeron poderosamente a la destrucción de la pequeña industria nacional y de la agricultura y a la emigración masiva de los productores a Europa o Estados Unidos, sobre todo. Sus zonas rurales, al igual que las colombianas, mantuvieron una producción exportable de flores o alimentos «de postre», como el banano o el café, reemplazables en tiempos de crisis y con precios inciertos.

El *agribusiness*, por un lado, y el control de la economía por las grandes transnacionales han provocado que las zonas rurales vivan un proceso insostenible en el cual la propiedad de la tierra y la riqueza está cada vez en menos manos y en el otro polo crece exponencialmente la pobreza de los peones rurales y el número de campesinos que deben emigrar⁽³⁾.

(1) La penetración del poder financiero en el mercado agrario promueve profundos cambios en la tenencia y el acceso a la tierra, en la producción agrícola y entre los distintos actores rurales. Para una primera aproximación se puede consultar http://es.wikipedia.org/wiki/Pool_de_siembra

(2) G.Almeyra, «Dónde va Cuba», La Jornada, México, 15 y 22 de marzo del 2009.

(3) Entrevista a Jorge Eduardo Rulli, revista OSAL n° 23 de Clacso, Buenos Aires, abril del 2008.



3 LOS MOVIMIENTOS SOCIALES RURALES

Son de diverso tipo y no siempre coinciden en sus objetivos y en sus acciones.

Están, por un lado, **los movimientos comunitarios y las «pobladas»** (o movimientos de toda una localidad tras un solo objetivo) que estallan como protesta por un acto represivo particularmente bárbaro, o por el apoyo oficial nacional o local a la instalación de una gran corporación minera, o por la privatización o el cierre de una importante fuente de trabajo local, de la cual dependen la mayoría de la población. Ejemplos de este tipo de movimientos fueron las luchas en Cutral Có (Argentina) en apoyo a los petroleros contra la privatización del petróleo y los despidos en tiempo del presidente Carlos Menem, son las movilizaciones continuas en protesta por el asesinato por la policía de un maestro de Neuquén (Argentina) o por los asesinatos en Brasil de campesinos sin tierra, así como las acciones de enteras comunidades en Guatemala, en Argentina o en Perú contra el intento de instalar grandes minas de oro a cielo abierto que, además de depredar las tierras, utilizan enormes cantidades de agua y envenenan las capas freáticas con arsénico y otros productos tóxicos.⁽⁴⁾

Estos movimientos son policlasistas aunque se opongan a la oligarquía y a las grandes empresas que cuentan con apoyo oficial, y polarizan incluso las instituciones, como los militares (entre los nacionalistas y los de derecha), la Iglesia (oponiendo la «Iglesia de los pobres» a las jerarquías conservadoras) e incluso diversos sectores del aparato estatal (las autoridades locales, por ejemplo, contra los funcionarios nacionalistas y de orientación popular). Mueven vecinos, aunque a veces integren también direcciones sindicales locales y grupos de profesionales afectados por lo que provocó la movilización o arrastrados por el movimiento. Tienen algo de Fuenteovejuna y algo del hartal o huelga cívica indonesia.

Son puntuales y, obtenido su objetivo, no dejan tras sí una organización sino sólo —aunque no es poco— un sentimiento de victoria y de solidaridad. No tienen por fuerza una base étnica (en Guatemala quienes resisten a una mina de oro son quichés, pero cuentan con el apoyo del obispo y en Perú son quechuas, pero en la Argentina descienden en cambio de inmigrantes europeos de diferentes países) pero la unidad étnica de sus militantes, cuando és-

(4) Ver al respecto Simona Yagenova, revista OSAL n° 25, Buenos Aires, abril del 2009 y Maristella Svampa, revista OSAL n° 24, Buenos Aires, octubre del 2008.



tos son indígenas que residen en una comunidad vecina, refuerza su unidad de acción y su unidad política.

Están, por otro lado, **las movilizaciones de comunidades indígenas** (como las que integran las bases de apoyo al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en Chiapas, México, o las de Xochistlahuaca México⁽⁵⁾, o los mapuches en Chile o los k'ollas en el Norte argentino) en defensa de su territorio o para reconquistarlo y en defensa de la democracia en la comunidad contra las imposiciones del Estado. Estos indígenas son también campesinos y, durante enteras estaciones, obreros, asalariados y por lo tanto unen a sus reivindicaciones territoriales e históricas otras, gremiales, sociales y políticas, todas las cuales son incompatibles con la dominación capitalista y la centralización política estatal porque la primera se basa en mantener y profundizar las diferencias entre los explotados y oprimidos y la segunda exige súbditos obedientes, no ciudadanos.

Estos grupos indígenas no luchan por un retorno milenarista al pasado sino por otra modernidad y por un mundo más justo y de hecho ponen en entredicho el poder del gobierno central y su política. Por eso encuentran aliados en sectores de la intelectualidad, de las Iglesias y en algunos sectores sociales y políticos, a pesar de que sus objetivos declarados son meramente locales y limitados.

Tienen sin embargo grandes dificultades para elaborar programas más amplios de renovación nacional y de liberación que les puedan conseguir aliados sindicales, campesinos o políticos, pero la justicia de su lucha despierta simpatía en las ciudades, en particular en los países que en la última década concentraron en las urbes millones de personas recién venidas del campo. Se enfrentan al Estado como poderes independientes, como en el caso de las Juntas de Buen Gobierno en los municipios libres zapatistas de Chiapas y, a la vez, mediante su funcionamiento asambleario y sus decisiones consensuadas, disputan en las conciencias y subjetividades el poder no sólo a los valores del mundo capitalista sino también a los de las propias tradiciones, como el control de los ancianos sobre los jóvenes y el de los varones sobre las mujeres. Por eso también, tanto en el caso de las Juntas mencionadas como en el de la policía comunitaria de Xochistlahuaca, aparecen disputando el territorio y el poder, aunque no lo declaren, y resultan subversivos para los gobiernos estadual (provincial) y nacional que no tienen ya «el monopolio de la violencia legítima» (Weber) pues éste les es disputado por la policía comunitaria o por el ejército rebelde zapatista, brazo armado de las comunidades.

(5) Ver Guillermo Almeyra, revista OSAL n° 24, octubre del 2008.



Una de las características de este tipo de movilizaciones y movimientos es la dificultad para salir del terreno local y para establecer alianzas con otros sectores sociales en lucha y, por ende, para integrar un frente nacional en la lucha por políticas alternativas. Esta posición, que se viste de rechazo de la política, no impide que todos sus actos sean políticos y que hagan política (como la Marcha del Color de la Tierra de los zapatistas hacia el Parlamento mexicano para pedir la incorporación a la Constitución de las reivindicaciones de los pueblos originarios, reformándola en ese sentido). Pero la confusión entre política y política institucional y parlamentaria, por un lado, y entre poder y gobierno corresponde al anarquismo espontáneo de las comunidades que, paradójicamente, está unido históricamente al legalismo de las comunidades indígenas, desde tiempos de la Corona española con sus Repúblicas de Indios hasta los reclamos de sus fueros y posesiones después de la Independencia, o sea, a un deseo de integración en el Estado y de igualdad ciudadana. La teorización posterior del rechazo de la política (por el subcomandante zapatista Marcos, Holloway y otros) es nociva para estas luchas indígenas y lamentablemente contribuye a aislarlas y llevarlas a un callejón sin salida.⁽⁶⁾

Otro tipo de movimientos rurales es el que se mueve en la línea de Vía Campesina, el cual incluye las diversas organizaciones de campesinos sin tierras de Brasil, Paraguay, el Oriente boliviano o las organizaciones de campesinos pequeños propietarios del Nordeste y el Noroeste argentino. Su lucha está centrada en el combate al latifundio y al *agribusiness* y en la reivindicación de tierras, que muchas veces ocupan como medio de presión, como hacen el MST brasileño o los campesinos paraguayos, que apoyan al gobierno de Fernando Lugo pero aplican la política de «a Dios rogando y con el mazo dando», combinando las ocupaciones de tierras con las grandes marchas a Asunción.

De este tipo de movimientos forman parte también las comunidades indígenas braileñas o colombianas, que luchan por la tierra o defienden su territorio. La Federación Nacional Campesina del Paraguay agrupa ya a más de 240 mil familias y el siempre poderoso Movimiento de Campesino Sin Tierra (MST) ha logrado desde hace años construir, peso a los asesinatos y la represión, una fuerza organizativa que tiene peso político en el país y en el continente.

Las viejas direcciones campesinas nacidas en algunos países en las primeras décadas del siglo pasado (sobre todo Argentina, Chile, México, Perú) han sobrevivido pero se han transformado profundamente. Las otras, surgidas al calor de la radicalización obrera y campesina a partir de los años 50-60 en Bolivia, con la revolución de 1952, en Guatemala, a principios de los 50, en El Salvador

(6) Ver G. Almeyra, «15º aniversario del EZLN», en OSAL n° 25, abril del 2009.



en los 30 con el levantamiento de Farabundo Martí, en Nicaragua con la revolución y el gobierno sandinista, fueron muy golpeadas y debilitadas por la represión brutal en Centroamérica y por las dictaduras en el Cono Sur y las tímidas reformas agrarias resultantes de la estrategia estadounidense que contrapuso la Alianza para el Progreso a la revolución cubana en países como Colombia o Venezuela se hundieron y desvirtuaron.

Por ejemplo, la Federación Agraria Argentina, nacida de una sublevación campesina contra los trusts agroganaderos y que agrupaba pequeños colonos y arrendatarios es hoy una organización de rentistas y está hoy estrechamente aliada, precisamente, a los capitalistas agrarios, las transnacionales y la organización de los latifundistas y grandes exportadores, la Sociedad Rural Argentina, a los que sus fundadores aborrecían. La Confederación Nacional Campesina mexicana, nacida en los años 30 al calor de las ocupaciones de tierras durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, es un organismo burocrático y desprestigiado que se vende al mejor postor, a pesar de su afiliación del Partido Revolucionario Institucional, heredero y a la vez enterrador del cardenismo.

Aunque las movilizaciones de los campesinos pobres y de los asalariados, cooperativistas o ejidatarios que producen para el mercado capitalista a veces recurren aún a esos cascarones, las movilizaciones campesinas son organizadas cada vez más por las nuevas organizaciones pertenecientes a Vía Campesina, como el MST brasileño⁽⁷⁾ o, en el caso peruano, por la Confederación Campesina ligada a la Central de Trabajadores aprista.

Existen también en México y Centroamérica **movimientos campesinos o rurales contra las represas**, como el que se opone a la construcción de una enorme represa en La Parota, cerca de Acapulco, en México, que inundaría las tierras comunitarias, sus pueblos, sus cementerios, iglesias, escuelas, o como otros movimientos similares en Guatemala, que están coordinados con los mexicanos. El Plan Puebla Panamá, además de una red de carreteras internacionales ligadas a las estadounidenses encara la construcción de una serie de obras hidroeléctricas en México y en Itzmo centroamericano para abastecer en agua y en electricidad a California, que carece cada vez más de recursos hidroeléctricos. La oposición campesina y rural a este plan estratégico destinado a reforzar el Plan Colombia da a la lucha contra las represas un papel político importante tanto a nivel local, en cada país, como continental, y es un factor de radicalización y politización importante de las luchas rurales, que establecen alianzas con sectores urbanos (académicos, estudiantiles, democráticos).

(7) Ver en OSAL N° 24 los documentos del Movimiento Nacional Campesino Indígena de Argentina (del 2 de junio del 2008), la Proclama campesina indígena de Argentina (24 de junio del 2008), el comunicado del Frente Nacional Campesino argentino (3 de junio del 2008), la Plataforma de Vía Campesina, la Declaración Política del VII Foro Mesoamericano de los Pueblos (16 de julio del 2008).



4 LOS MOVIMIENTOS SOCIALES RURALES COMO ACTORES POLÍTICOS DECISIVOS

Merecen su propio apartado. Son los casos de la organización de los indígenas ecuatorianos, la CONAIE y de su partido ad hoc Pachakutik y el de la Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores Campesinos Bolivianos (CSUTCB), que es uno de los pilares de otro partido ad hoc, el Movimiento al Socialismo. También lo es, en mucho menor medida, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional desde los territorios que controla en el Sur de México.

Los primeros derribaron con su movilización, en 1990, a un presidente de la República. Después cometieron el error de ingresar en el gobierno del coronel Lucio Gutiérrez, depuesto por una movilización popular en el 2005, donde ocuparon altos puestos y ministerios antes de tener que quitarle su apoyo por la política proestadounidense, neoliberal y antipopular del militar, cosa que debilitó e hizo perder autoridad moral y prestigio al movimiento indígena y a su partido. En la actual «Revolución Ciudadana» dirigida por Rafael Correa han tenido un papel ambiguo porque, erróneamente, vacilaron en el apoyo a la Asamblea Constituyente, rotundamente repudiada por la derecha, ya que creía que iba a afectar sus reivindicaciones y ahora, en cambio, protestan acertadamente contra la legislación ambiental, productivista, que limita a un mero derecho a ser consultadas el papel las comunidades indígenas en la selva cuando se encuentren en ellas hidrocarburos, en contraste con otras partes de la Constitución que garantizan la primacía de la defensa ambiental.⁽⁸⁾ Por lo tanto siguen siendo una fuerza política importante, aunque con peso disminuido, pero no tienen un papel protagónico sino a la rastra de otras fuerzas de izquierda o de centro pues la CONAIE todavía no resolvió cabalmente los problemas de su orientación política y de la construcción de un núcleo sólido de dirección y padece las consecuencias de una indefinición entre el fundamentalismo étnico de algunos de sus integrantes y una actividad política que deja amplio margen a concepciones «apolíticas» y espontaneístas.

En cuanto a la CSUTCB y al mismo MAS, que son los pilares del gobierno de Evo Morales en Bolivia, son organizaciones que han sufrido con la incorporación de sus dirigentes a altos puestos estatales e institucionales y que todavía no han podido superar la visión muchas veces gremial, corporativa, de sus problemas y movilizaciones entre otras cosas porque la estrategia de construcción del nuevo Estado boliviano no está clara.

(8) Sobre la situación política ecuatoriana actual ver Franklin Ramírez Gallegos y Amalia Monteguiaga, «El nuevo tiempo del Estado-La política posneoliberal del correísmo» en OSAL nº 22 de septiembre del 2007.



En efecto, la idea del capitalismo andino propuesta por el teórico gubernamental Alvaro García Linera, un destacado sociólogo que es vicepresidente de la República, choca todos los días con la realidad. Los ayllus (o, mejor dicho, los restos de éstos que aún subsisten en el Altiplano) mantienen importantes tendencias comunitarias y solidarias pero, en lo económico, no pueden incidir sino en el territorio inmediato mientras que el otro componente supuesto del capitalismo andino —la pequeña empresa nacional— es obstinadamente hostil al gobierno y a la base indígena de éste y tiende a ser arrastrada por las grandes empresas transnacionales, por sus medios de información y por la derecha latifundista que domina en Oriente.

La fuerza del movimiento cocalero y campesino en general es muy grande y basta para detener a la derecha pero ese movimiento es como un gigante poderoso que se debate enredado en mil lazos y con los ojos parcialmente vendados. En vez de construir el capitalismo andino, el capitalismo de Estado actual deja de este modo amplio margen para las confusiones y las divergencias en el campo popular y, sin perder su apoyo popular —que depende entre otras cosas también de la amenaza constante de la derecha— perpetúa las vacilaciones y las pruebas seguidas de continuas rectificaciones, muy peligrosas sobre todo en un período de crisis mundial y de caída de los ingresos reales.

Por su parte el EZLN está en un grave impasse debido a su política sectaria de los últimos años después del fracaso del intento de hacer aprobar por el Parlamento una reforma constitucional favorable a las reivindicaciones de los pueblos originarios. Mientras decenas de millones de mexicanos votaban contra el neoliberalismo, protestaban contra el fraude electoral, se movilizaban contra la entrega del petróleo a las empresas transnacionales y contra las políticas neoliberales del gobierno fraudulento, el EZLN criticaba y descalificaba a esos movimientos y se negaba a alianzas, incluso puntuales, con sectores en lucha que no dirigía, como los de Oaxaca, en sus comienzos, o las luchas del sindicalismo democrático.

El resultado fue un aislamiento que jamás había padecido, si se exceptúa unos pocos intelectuales y algunos pequeños grupos darks, punk o muy vagamente anarquistas que entienden el rechazo de lo que consideran es la política (la actividad institucional y electoral de los partidos) como abstención lisa y llana frente a los problemas nacionales. No sirve de nada no pronunciarse sobre la crisis si Chiapas sigue siendo región de emigración y ahora las mismas comunidades zapatistas no reciben las remesas ni es válido ignorar el problema del petróleo y del agua cuando la amenaza militar contra las regiones zapatistas depende en gran medida del hecho de que Chiapas es la principal fuente en recursos hídricos y eléctricos de México y tiene petróleo. Las comunidades



ahora se encierran en sí mismas y practican una autogestión y una autonomía limitadas (no es posible la autogestión en una sola comunidad, para colmo miserable) pero todos sus problemas económicos se han agravado y sólo podrán salir de la crisis con el resto de los explotados y oprimidos de México, con los cuales necesitan establecer alianzas y formar un gran frente nacional detrás de un programa democrático y social de cambio.

El levantamiento indígena en una zona (casi un tercio) de Chiapas tuvo el mérito inmenso de demostrar que se podía decir NO y resistir la política neoliberal que se presentaba como la única posible, pero la conducción política del EZLN lo llevó a perder su papel señero y a empantanarse en una resistencia muy honrosa pero desgraciadamente sin perspectivas. Existe sin embargo la esperanza de que el buen sentido campesino introduzca un nuevo cambio en la estrategia zapatista.

Este, en efecto, pasó en 1994 de querer el derrocamiento del gobierno marchando sobre México a buscar aliados en el neocardenismo y el Partido de la Revolución Democrática⁽⁹⁾, con lo que luego rompió y a los que considera enemigos. Si la situación económica y social de México se agravase y una movilización popular buscase un cambio social, con o sin elecciones, muy probablemente la polvareda social que apoya al EZLN mantendría su sectarismo y su apoliticismo pero los indígenas-campesinos-obreros-artesanos de Chiapas serían consecuentes con su deseo de justicia y de igualdad.

5 A MODO DE CONCLUSIONES

Incluso en los países con mayor proporción de campesinos en América Latina, como en el resto del mundo, las cosas se deciden en las ciudades. Una cosa es el papel de detonador que pueden tener, por ejemplo, algunos sectores indígenas (porque hay otros pasivos y conervadores) y otra que los pueblos originarios —o los campesinos— puedan por sí mismos ofrecer al resto de la población no capitalista objetivos nacionales de lucha e instrumentos (alianzas, frentes) para llevar adelante lo que es a la vez un combate por reivindicaciones sociales, por la independencia nacional, por la integración latinoamericana, por la liberación social mediante la autogestión social generalizada.

La supuesta espontaneidad de los movimientos sociales no basta para imponer una salida alternativa a la actual crisis sistémica y abrir el camino a la

(9) Para la historia del zapatismo y los documentos sobre sus posiciones ver G. Almeyra y Emiliano Thibaut Zapatistas - Un nuevo mundo en construcción, Editorial Maipue, Itzaingó, 2007



justicia, la armonía con la naturaleza, el desarrollo humano antes que el crecimiento económico y el lucro capitalista. Primero porque dicha «espontaneidad» es en realidad la decantación de las luchas y de los combates ideológicos del pasado; y en segundo lugar porque no basta con decir no a la opresión y con rebelarse sino que hay que unir esfuerzos, debatir ideas, confrontar posiciones, para que la rebelión se generalice. O sea, se requiere comprensión teórica, elaboración política, discusión democrática con quienes tienen posiciones diferentes pero luchan contra los mismos males. Hay que unir haces dispersos y hacer de ellos corrientes de pensamiento y de acción para intervenir en la actual crisis que pone a la civilización y al ambiente ante la amenaza de un golpe irreversible.

Buenos Aires, 24 de marzo del 2009, Día de la Memoria Colectiva.

